



UNIVERSIDAD DE CHILE
Facultad de Filosofía y Humanidades
Departamento de Literatura

El biopoder, la violencia y los cuerpos resistentes en *Impuesto a la carne* de Diamela Eltit.

Informe para optar al grado de Licenciada en Lengua y Literatura Hispánica con mención
en Literatura

Estudiante: Javiera Ignacia Fuenzalida Fuentes
Profesor Guía: Cristian Cisternas Ampuero

Santiago, 2022

Índice

Resumen.....	3
Introducción:	4
Contextualización en el Seminario de Grado.....	¡Error! Marcador no definido.
El proyecto literario de Diamela Eltit.....	¡Error! Marcador no definido.
Marco teórico: Biopoder, espacios disciplinarios, cuerpo, violencias y resistencia..	¡Error! Marcador no definido.
Cuestiones formales	¡Error! Marcador no definido.
Biopoder.....	¡Error! Marcador no definido.
Espacios disciplinantes.....	16
Hospital	17
Cuerpos	20
Los cuerpos dóciles:	21
La violencia.....	24
Resistencia.....	27
Conclusión: reflexiones en torno a las problemáticas planteadas.	31
Bibliografía	33

Resumen

A partir de la lectura interpretativa de la obra *Impuesto a la carne*, se observa la presencia de varios tipos de violencia, que están directamente relacionados con el biopoder y la biopolítica, como una forma de alegorizar la historia de la nación chilena desde su conformación como república independiente, con el fin de representar simbólicamente la marginalización de los individuos en el Hospital/Nación. Además, como hipótesis secundaria, se desprende la noción de la estética de la resistencia, donde los cuerpos corresponden a un nuevo formato testimonial, opuestos al relato tradicional y que se utilizan a sí mismos a modo de protesta subversiva en oposición a los diferentes tipos de violencias ejercidas en su contra.

Introducción:

Contextualización en el Seminario de Grado.

El objetivo del presente trabajo es evidenciar cómo *el biopoder y los diferentes tipos de violencia se encuentran presentes mediante la alegorización en la novela Impuesto a la carne de Diamela Eltit*. Estos conceptos serán utilizados para la apertura de la lectura e interpretación de la obra, junto con el desarrollo de una hipótesis secundaria que propone un surgimiento de doble resistencia desde la subversión del género testimonial, así como también la utilización del cuerpo de las protagonistas como medio para alcanzar un fin: el de dejar un legado testimonial.

El proyecto literario de Diamela Eltit

Todas las obras, en este caso, las novelas, se encuentran insertas en un contexto histórico determinado. *Impuesto a la carne* no es la excepción. Publicada el año 2010, y comprendiendo la trayectoria y el tipo de obras que había escrito la autora anteriormente, resulta un poco vago considerar el año de publicación como único contexto. Eltit ya había publicado varias obras reconocidas: *Lumpérica* (1983), *Por la patria* (1986), *El cuarto mundo* (1988). La autora acostumbra a trabajar desde la marginalidad, e intenta crear espacios de resistencia crítica frente a las diferentes formas de poder que surgen siempre desde la oficialidad.

Diamela Eltit y su propuesta estética resultan difíciles de clasificar dentro de algún género específico. Para fines prácticos, la posicionaremos como una autora que contribuyó a la Nueva novela histórica chilena (la cual comenzó a predominar en Latinoamérica desde 1979, fecha en que renació el interés por ficcionalizar el discurso histórico). Sus obras han estado inclinadas, con un énfasis firme, al intento de representar las experiencias marginales desde y por la marginalidad, siendo el cuerpo un denominador común en su narrativa. La existencia humana suele explorarse desde sus confines más alejados, además de la evidente desconfianza que Eltit parece tenerle a los testimonios tradicionales de los discursos narrativos. El proyecto narrativo de esta autora gira en torno a los distintos tipos de violencia que ejerce el poder sobre cuerpos periféricos, donde las heridas, la sangre, la repugnancia

conforman un imaginario en sus obras. Mediante un realismo grotesco, en ocasiones esquizoide, la galardonada escritora ha logrado dramatizar, una y otra vez, las consecuencias más impúdicas de un orden económico neoliberal, las representaciones del clasismo, el racismo, y un largo etcétera de visibilización otorgada a la humanidad marginalizada de Chile.

La autora inscribe una poética que posiciona al cuerpo imperfecto, disidente, como un objeto material biológico con capacidad para hablar por sí mismo. Asimismo, su obra está ligada fuertemente con la narrativa postdictadura, intentando siempre una recuperación de lo irrecuperable, pues este tipo de experiencias colectivas y traumáticas presentan un problema en su representación. En la novela *Impuesto a la carne*, Eltit presenta toda la complejidad que la caracteriza. Explora los bordes de las marginalidades, otorgándoles una voz a esos espacios sociales que son vagamente mencionados en los discursos oficialistas de la historia. En la novela logra resignificar los contenidos del mundo que representa, y va iluminando aquellas zonas que la producción dominante no ha tomado en cuenta. Mediante el uso de un lenguaje complejo lleno de niveles, crea este discurso literario que logra permearse a través del discurso oficial, y que pone en jaque las verdades institucionales, colocando otras verdades alternativas en el centro, con una suerte de archivo errático. La excentricidad de su narrativa responde al carácter excéntrico de sus personajes, expulsados de toda esfera de poder, además de poseer una rica variedad de discursos interdisciplinarios que se entremezclan en el mundo de la novela.

Eltit realiza una revisión de la importancia que puede llegar a tener un testimonio encapsulado, ya sea dentro de un cuerpo o de un texto configurado como disruptivo, cuidando que se rechace cualquier tradicionalismo (ya sea narrativo o sociohistórico). Surge la posibilidad, entonces, de transformar y resistir mediante la producción de testimonios alternativos inscritos en cuerpos disidentes y relatos divergentes, siendo la memoria un recurso narrativo mediante las corporalidades usualmente marginalizadas, para focalizar lo corporal como un monumento activo que funciona para relatar el pasado. **Los cuerpos** de las protagonistas afectados por el poder y su microfísica, además de los diferentes tipos de violencia, **se ven resignificados** en la obra, donde se presentan alegorías complejas en torno a sus posibles interpretaciones.

Marco teórico: Biopoder, espacios disciplinarios, cuerpo, violencias y resistencia.

En el siguiente análisis, utilizaré conceptos que giran en torno a la noción de biopoder que postula el filósofo y sociólogo francés Michel Foucault, para señalar de qué forma se instala en la novela la representación de estas ideas a lo largo del relato. Para poder recurrir al análisis de la novela mediante estas nociones, es necesario, primero, exponer los conceptos de biopoder y de biopolítica, los cuales se sustentan de forma recíproca y existen en paralelo.

Michael Foucault expone, en el primer tomo de su trilogía *Historia de la sexualidad* el concepto de biopoder:

“La vieja potencia de la muerte, en la cual se simbolizaba el poder soberano, se halla ahora cuidadosamente recubierta por la administración de los cuerpos y la gestión calculadora de la vida. Desarrollo rápido durante la edad clásica de diversas disciplinas —escuelas, colegios, cuarteles, talleres—; aparición también, en el campo de las prácticas políticas y las observaciones económicas, de los problemas de natalidad, longevidad, salud pública, vivienda, migración; explosión, pues, de técnicas diversas y numerosas para obtener la sujeción de los cuerpos y el control de las poblaciones” (132).

Se debe entender la evolución que plantea Foucault sobre cómo se implementaba el poder, y cómo establece el surgimiento del biopoder en el siglo XVII, siendo una de sus características principales la concepción del cuerpo como una máquina adiestrable, funcional y dócil, sometida a sistemas de control eficaces. Lo anterior fue posible mediante procedimientos de poder disciplinarios que intervenían el cuerpo individual de los sujetos. Así, y como segunda característica fundamental de la conformación del biopoder, —que identifica Foucault a mediados del siglo XVIII—aparece la fijación en el cuerpo-especie. Es decir, la colectivización de los métodos de control sobre el cuerpo humano, siendo los procesos biológicos soporte de la mecánica de lo viviente: “la proliferación, los nacimientos y la mortalidad, el nivel de salud, la duración de la vida y la longevidad, con todas las condiciones que pueden hacerlos variar” (131).

En este sentido, se desprende que la biopolítica es entonces “la manera como se ha procurado, desde el siglo XVIII, racionalizar los problemas planteados a la práctica gubernamental por los fenómenos propios de un conjunto de seres vivos constituidos como población” (Foucault 359)¹. Para efectos del análisis, se desglosan de estas concepciones la noción de cuerpo y cómo este se ve transgredido mediante los espacios disciplinarios.

A su vez, pretendo revelar los distintos tipos de violencia representados en *Impuesto a la carne*, utilizando las ideas que plantea el filósofo esloveno Slavoj Žižek. Para Žižek, la violencia es un fenómeno muchísimo más intrincado de lo que solemos concebir como tal. Los conceptos principales que utilizaré en el análisis de la novela son aquellos que propone en su libro *Sobre la violencia*, con respecto a la violencia subjetiva y la violencia objetiva o sistémica. La primera forma de violencia es definida como “la violencia ejercida por los agentes sociales, por los individuos malvados, por los aparatos represivos y las multitudes fanáticas: la violencia subjetiva es, simplemente, la más visible de las tres” (19), siendo este tipo de violencia una de las más fácilmente identificable dentro de la novela. En segundo lugar, la violencia objetiva, según Žižek, es mucho más compleja de visibilizar, pero la considera la forma de violencia más poderosa, pues se encuentra solapada al sistema:

“es la danza metafísica autopropulsada del capital lo que hace funcionar el espectáculo, lo que proporciona la clave de los procesos y las catástrofes de la vida real. Es ahí donde reside la violencia sistémica fundamental del capitalismo, mucho más extraña que cualquier violencia directa socio ideológica precapitalista: esta violencia ya no es atribuible a los individuos concretos y a sus «malvadas» intenciones, sino que es puramente «objetiva», sistémica, anónima” (Žižek 23).

Al respecto, ambas nociones resultan vitales dentro de la comprensión de la novela de Eltit, pues se puede evidenciar cómo surgen estos tipos de violencia desde los espacios que habitan los personajes de la novela: especialmente, el hospital.

¹*Nacimiento de la biopolítica: curso del Collège de France (1978-1979).*

Además, planteo cómo se crea una estética de la resistencia, tanto a nivel de la configuración del relato como desde los cuerpos de las protagonistas, resistencia dirigida contra el sistema dominante del hospital, y al mismo tiempo, en contra de la tradición narrativa de la novela.

Con respecto a estudios previos que se han realizado en torno a la obra, se ha abordado su interpretación desde diferentes aristas. Laura Scarabelli, y Dianna Niebylski han propuesto lecturas interpretativas mediante el contexto histórico en torno al año de publicación de *Impuesto a la carne*. En este sentido, resulta evidente el camino interpretativo que toma la novela si recordamos que en el año 2010, cuando fue publicada, en Chile se celebró con fervor el bicentenario del país, conmemorando doscientos años desde el comienzo del proceso independentista mediante la primera junta nacional de gobierno. Durante las celebraciones se llevaron a cabo diferentes actividades a nivel nacional, las cuales habían sido preparadas con varios años de anticipación. Nos dice Scarabelli que

“Eltit se propone trazar un poderoso fresco de las complejas relaciones de subalternidad y poder, de construcción de la alteridad e intervención del Estado sobre los ‘cuerpos’ de sus ciudadanos que se da tanto en Chile como en todas las latitudes de América latina” (975).²

La temática de la novela, en este sentido, apunta hacia la alegorización de este acontecimiento: se presentan dos mujeres (madre e hija), ancianas de doscientos años de edad que se encuentran recluidas en un hospital, al parecer durante toda su vida, a la vez que son sometidas a vejaciones, extracciones de órganos y tortura de sus cuerpos para satisfacer la demanda de la salud pública (y de un negocio ilegal de mercado negro).

Además, con respecto a la subversión del género de la novela testimonial, Niebylski propone que el imaginario de Eltit la ha impulsado a “contorsionar y astillar el lenguaje de sus novelas y a desarmar los discursos epistémicos que rigen las convenciones de la representación mimética” (269).³ Planteo entonces que la particular narrativa que Eltit ha volcado en sus obras se hace aún más palpable en esta novela, además de posicionar al cuerpo como nueva forma testimonial, generando así una contra memoria, una escritura anárquica.

² En “*Impuesto a la carne* de Diamela Eltit. El cuerpo-testigo y el contagio de lo común”.

³ En *Senderos de violencia*.

Cuestiones formales

El argumento literario parte con la presentación de estas mujeres, las cuales están en un hospital y deben permanecer ahí por algún motivo (que es revelado mientras avanza la narración). Estas mujeres son puestas a disposición del personal médico, además de enfermeras y “fans”. Estos últimos cumplen una función perpetuadora del régimen al cual se encuentran sometidas las mujeres, al igual que las enfermeras y, por supuesto, los médicos. La voz narrativa coincide con la voz de nuestra protagonista, siendo entonces una narración en primera persona, donde se puede apreciar la subjetividad de la mujer, sus pensamientos, sentimientos, etc. No obstante, la aparición de la madre como personaje y su voz se confunden constantemente con el relato que realiza la hija, pues esta última suele estar relatando eventos ya sean pasados o presentes, contando sobre la afectividad y emocionalidad propia o de su madre, cuando de pronto aparece la madre con su propia voz. Esta mescolanza sirve para comprender y reafirmar la idea de que madre-hija son un ente que comparte mucho más de lo que dos seres humanos tienden a compartir de forma materialmente probable. La narrativa suele estar enfocada en el presente, aunque la narradora protagonista tiene espacios que sirven como *raccontos* descriptivos de sus pasados.

El enfoque temático de la novela puede ser intuido desde el título de esta misma, donde el “impuesto a la carne” funciona como una alusión directa a la transformación del cuerpo en objeto y su eventual comercialización. Atendiendo a las características formales en la conformación de la novela, se puede comprender esta hipérbole. La fragmentación del relato y la aparente falta de cohesión demuestran cómo el testimonio de la protagonista adopta mayor credibilidad mientras más se aleja de esta misma; nos contaba Žižek que “la prosa realista fracasa donde tiene éxito la evocación poética” (13), y aunque la obra de Eltit no se remita formalmente a la poética, guarda mayores similitudes con el *fluir* que esta posee, en comparación a un relato tradicional de testimonio. Los tipos de violencia se manifiestan textualizados mediante motivos literarios, que se presentan dentro de la novela, donde transitan desde un lugar que nos permite vislumbrar su relación temática; la enfermedad, la soledad, la espera, nos demuestran cómo las protagonistas han estado enfermas, relegadas, marginalizadas, solas, y cómo el hospital y sus actores perpetuos han arremetido en su contra

con la finalidad única de la modificación, la sustracción y la comercialización ilegal de sus cuerpos y sus órganos.

La narrativa de *Impuesto a la carne* se centra, principalmente, en un constante recuerdo al cual logramos acceder mediante la subjetiva narración de la hija, ya que, desde el principio de la narración, sabemos que, para la narradora, ha fracasado su esperanza por plasmar su experiencia humana, pues revela que sus vidas han llegado al final. No obstante, sí han conseguido “legar ciertos fragmentos de lo que fueron sus vidas”. La novela está estructurada en capítulos breves. Sus personajes principales son dos mujeres, una madre y una hija de ¿doscientos años?, dependiente una de la otra, que deambulan por los pasillos de un recinto hospitalario siendo sometidas a constantes cirugías y tratamientos médicos. El tiempo es imperceptible o se ha detenido (funciona como cronotopo importante al interior de la novela); los cuerpos de estas mujeres bicentenarias no responden a los tratamientos que la medicina y la ciencia les aplican con una ferocidad obsesiva.

Para remitirnos al análisis formalmente literario de la novela, estimo conveniente la utilización del concepto cronotópico de Mijaíl Bajtín. El término de cronotopo (literalmente traducido desde el griego como tiempo y espacio), fue empleado dentro de la teoría literaria por Bajtín, y sería “la conexión esencial de relaciones temporales y espaciales asimiladas artísticamente en la literatura” (237)⁴. Se debe comprender este aporte de Bajtín como la idea clave que nace desde la indisolubilidad entre espacio y tiempo, siendo las implicaciones de esto cuestiones que van más allá de las formalidades remitentes a lo literario y su estructura. En este sentido, la novela de Eltit plantea esta relación entre tiempo-espacio, donde el tiempo sufre la compresión y la visibilización desde el punto de vista artístico, es decir, aparece dentro de la obra un tiempo que se remite única y exclusivamente a la creación del mundo propio de la obra; el espacio, a su vez, se hace más visible en cuanto se asimila al movimiento de este tiempo, donde el argumento y la historia de la obra aparecen en tanto existe el espacio. La subjetividad con la que se plantea el tiempo (los doscientos años) funciona como herramienta para la ambigüedad que plantea la autora dentro de la novela, pues al existir esta relación indisoluble entre el tiempo y la acción, parecen encontrarse ambos detenidos, a pesar del transcurso de la narración.

⁴En “*Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela. Ensayos sobre Poética Histórica.*”

La concreción de los acontecimientos se debe al carácter sensitivo del cronotopo, siendo este un centro vertebral que articula la narración. Se entiende entonces que la novela se encuentra adscrita no solo a su característica formal como género literario, sino que también está dentro de una entidad sociohistórica. El mundo creado por Eltit funciona como un modelo de realidad que se configura en el espacio y el tiempo, o sea, cronotópicamente. Estos conceptos sirven para explicar la importancia de la interpretación de *Impuesto a la carne*, pues se puede entender el mundo de la obra sólo mediante la comprensión de la obra como un mundo. A su vez, este mundo encuentra en el mundo “real” algunos elementos sobre los cuales desarrollar sus tejidos y proponer significaciones, todo esto mediante la simbolización y las alegorías. No hay una mención directa a la república de Chile, ni tampoco al período dictatorial, ni al neoliberalismo, pero podemos abrir este tipo de lecturas justamente porque existe el sustento entre ambos mundos, donde el mundo ficcional es cronotopicamente posible en la medida que logra representar el tiempo y el espacio del mundo real. En la novela, nuestra protagonista nos cuenta: “Sí, ella y yo que hemos sido las subpacientes más representativas de la historia nacional, relegadas, maltratadas sin respiro” (Eltit 56-57), lo que nos permite vislumbrar la unión del mundo ficcional con el mundo real, puesto que las mujeres protagonistas son “pacientes” a la vez que alegoría. La historia nacional se menciona sólo para hacer evidente la relación que existe entre el tiempo de la nación (chilena) y el espacio (hospital), uniéndose ambos conceptos en una amalgama irrompible. A pesar de que sus vidas bicentenarias trascienden el tiempo real que puede vivir un ser humano, esto funciona como la metáfora sobre lo mucho que se ha vivido en la marginalidad desde la fundación de la república chilena, en un espectáculo siniestro que se remonta al hospital y a su condición de cárcel sobre las vidas que han quedado (inevitablemente) olvidadas en el transcurso de estos doscientos años.

En la novela, la noción de cronotopo, es decir, la aparición indisoluble entre el espacio y el tiempo nos muestra que la propuesta estética de Eltit sabe posicionarse mediante este recurso de la teoría literaria, pues en el transcurso de los sucesos vemos aparecer otros cronotopos que subyacen, y a su vez, se puede percibir cómo la obra logra representar de forma artística el transcurso inmaterial del tiempo, mediante la utilización de un espacio.

Ahora bien, los recursos que utiliza Eltit para configurar su narrativa están ligados a una apertura de la discusión en torno a las diferentes interpretaciones semánticas que brotan desde la obra. Incluso el límite más básico de las protagonistas se encuentra desdibujado. Como mencioné anteriormente, se intenta comprender la ubicación física de la madre, la cual parece tener un cuerpo físico propio y a la vez, estar en el interior de la hija: “Y así, en medio de una escalofriante simetría, hoy nos pertenecemos: rebeldes, unidas, curvadas, teatrales” (Eltit 11). No obstante, los límites corporales, existenciales, e incluso psicológicos entre ambas suelen difuminarse constantemente: “Mi madre aseguró que cuando yo nací, ella también nació de nuevo. Nació caóticamente” (Eltit 15). Se puede pensar en el momento del nacimiento de la hija como la iniciación de la vida que es descrita durante el transcurso de la novela, es decir, que en la medida en la cual la hija existe, existe también la madre, alimentando esto la relación parasitaria/simbiótica que aparentemente poseen. Es este un posible cronotopo existencial, que se encuentra ligado estrechamente al cronotopo del tiempo detenido, pues la unión de sus existencias se remite a la condición de ancianas atemporales que existen la una en medida de la otra. Además, en la dimensión de la subjetividad psicológica de nuestras protagonistas, la madre parece funcionar como los pensamientos más compulsivos de la hija:

Sí, doscientos años que estamos solas tú y yo, me dijo mi mamá. Lo repitió cada día. Solas tú y yo. Lo decía con su voz más aguda y convincente hasta que el dramatismo lírico de su tono consiguió perforar un tercio de mi cabeza. No tenemos a nadie, sólo cuentas conmigo, murmuró mi mamá. Gritó: Solas las dos. (Eltit 10-11).

Podríamos permitirnos el percibir la novela como un horizonte abierto a la crisis, debido a la particular *fragmentación* que presenta su discurso. Esta característica de fragmento es perceptible incluso a un nivel emocional, donde se ven los cambios anímicos de la narradora y su madre como el resultado de un ambiente caótico. Se traspasa esta característica a la narración, cuando la lectura no logra asentarse con comodidad para la comprensión; por el contrario, permite un viaje errático entre la emocionalidad y subjetividad de las protagonistas, donde sus respectivos discursos se entrecruzan, chocando constantemente en un enfrentamiento que desemboca en la conciliación temporal, por lo que no es posible distinguir, entre cada una de las subjetividades, cuál es la versión más cercana al mundo dentro de la novela.

Biopoder

Entonces, habiendo precisado los conceptos, se comprende que el biopoder (literalmente traducido como poder y cuerpo) funciona como aquella práctica de los estados modernos de explotar numerosas y diversas técnicas para subyugar los cuerpos y controlar la población, mientras que la biopolítica correspondería entonces a una forma específica de gobierno que pretende gestionar los procesos biológicos de la población. La biopolítica sería entonces un efecto de la preocupación anterior al poder político: el biopoder.

En *Impuesto a la carne*, resulta evidente la presencia de una intención de manipulación y modificación de los cuerpos de las protagonistas. La relación asimétrica de poder entre los médicos y las pacientes es medular, pues incluso el nacimiento de la hija-madre estuvo previamente decidido: “no nos quedaba sino nacer porque así lo había dictaminado el médico” (Eltit 25). La subyugación de sus cuerpos y, en última instancia, de sus vidas, podrían considerarse como una alegorización del biopoder dentro de la configuración de mundo de la novela. La presencia del médico fundador, aquel que permitió el nacimiento de ambas mujeres, nos demuestra cómo este poder se encarna en una figura dentro del relato, y el poder que ese médico posee es tal que pudo permitir la vida, y en el mismo nivel, decidir la muerte. Este orden preestablecido y el ejercicio del *biopoder* mediante el médico responde a razones ostensibles: el favorecimiento que implica la subyugación de ambas mujeres, ya sea para intervenirlas, estudiarlas o saquearlas, todo lo anterior validado mediante la imposición de la presencia médica. La figura del médico se transforma en una figura plural, pues no hay una distinción notable entre los médicos que se presentan en la novela, más bien, son un conjunto de poder que se establece como *cuerpo médico*. Es esto una alegorización, un aterrizaje del biopoder dentro de la novela, pues la soberanía que ejerce el hospital y sus agentes mantenedores (médicos, enfermeras, “fans”) se extiende hacia las influencias del biopoder, tanto en su organización respecto a la vida como su gestión y derecho sobre la muerte, lo que le permite al hospital otorgarles valoraciones a los sujetos, en este caso, pacientes.

Ahora bien, si se considera una alegoría más amplia que puede surgir desde la lectura de la novela, podemos vislumbrar en la figura del hospital una referencia clara a la nación de Chile.

Esto supone la oposición entre nación-territorio, reconfigurándose la figura de las mujeres como el espacio físico, la tierra misma, el entorno medio ambiental del país, el cual ha sido ultrajado, saqueado y depredado desde la conformación de la república chilena. Saqueo que, en definitiva, no se ha detenido.

Relacionado con las nociones anteriores, no se puede quedar fuera del análisis el papel que juega el desarrollo del capitalismo en las configuraciones del concepto de biopoder:

“Ese biopoder fue, a no dudarlo, un elemento indispensable en el desarrollo del capitalismo; éste no pudo afirmarse sino al precio de la inserción controlada de los cuerpos en el aparato de producción y mediante un ajuste de los fenómenos de población de los procesos económicos” (Foucault 133).⁵

El capitalismo como sistema económico predominante a principios del siglo XIX sufrió una metamorfosis planeada que se aplicó, como experimento, durante el periodo de la dictadura militar, estableciendo así al nuevo orden socioeconómico en Chile: el neoliberalismo. La relación entre neoliberalismo y biopoder confluye en posicionar al mercado como operador predominante, donde los bienes, servicios y el comercio se controla mediante agentes privados, buscando siempre la autorregulación y la disminución máxima del estado. No obstante, en la práctica, es el estado un agente más que funciona en base al mercado, y procede a gobernar para el mercado. Los procesos económicos actuales necesitan de la biopolítica y el ejercicio eficaz del biopoder para mantener el *status quo*, no únicamente como elemento condicional que refuerce las estructuras de poder, sino más bien como piedra angular sobre la cual se erige la disposición social, política y económica.

Si observamos la novela y logramos aterrizarla para hacerla confluir con estos conceptos, podemos percibir la crítica que realiza Eltit mediante la exposición de su narrativa: las enfermedades que ha dejado el pasado de dictadura en Chile no logran quedarse atrás, mientras que los intentos de olvidar esta etapa y lograr conciliaciones nacionales solo consiguen la marginalización de individuos que no tienen cabida en estos espacios de indeterminación. El neoliberalismo atraviesa al Estado y permite la aparición de un cuerpo-mercado que se ve constantemente saqueado por los aparatos de control y sujeción al sistema,

⁵En *Historia de la sexualidad*.

desechando cada parte que no se considere funcional dentro de la organización hospitalaria-nacional. Las ambiguas alegorizaciones se ven condensadas en el título de la obra, donde el cuerpo-carne-mercancía ha sufrido las consecuencias de las intervenciones y controles que el Estado ha impuesto a los ciudadanos, transformando sus formas de vida, administrando su vida, su longevidad, su salud y su muerte. La carne, el cuerpo pasan a ser parte del engranaje como un objeto manufacturado del cual se dispone.

En este sentido, se entiende que los cuerpos de ambas mujeres —más precisamente su sangre— sean un territorio de anarquismo, pues es solo en este nivel donde realmente se posee algo, y es terriblemente complejo intentar despojarlas de esta condición intrínseca: “el primer médico, el portador de la medicina, el mismo que nos iba a acechar sin pausa alguna, se presentó decorado con su atuendo (médico) para intentar que la rebeldía de mi madre se desangrara encima de la camilla” (Eltit 15). La única trinchera que poseen madre e hija son sus diferentes partes corporales, y en este caso, su sangre es aquel lugar desde donde pueden resistirse al neoliberalismo, desde sus posturas anarquistas. Resulta casi lógico que la anarquía de su sangre sea la única forma posible de lucha que encuentren las mujeres frente al Estado y su biopoder totalizante; sin embargo, sabemos, desde el comienzo del relato, que ambas fracasaron en su intento humano de enfrentarse al sistema impuesto.

En definitiva, siendo la población de enfermas la alegoría de la población en general dentro del país, se comprende cómo la vida se vio transformada en un ensamblaje complejo, un dato político que es el objeto final al cual gobernar. Haciéndose cargo de la creación, reproducción y administración del poder sobre la vida, el biopoder que ejerce el sistema hospitalario sobre los pacientes-ciudadanos se identifica como matriz del manejo de las personas, de sus vidas, de sus cuerpos, órganos y sangre. Los individuos, como tales, no son más que fracciones a las cuales apunta el poder, pues la finalidad del biopoder se desplaza al total de la población mediante técnicas que proceden a transformar la vida de ésta en un objeto político. Es decir, el cuerpo de la especie se transforma en una sección posible de politizar mediante el control de la vida, mutando finalmente en un ejercicio de la biopolítica.

Espacios disciplinantes.

Si el biopoder ha sido un concepto que es perfectamente identificable dentro de *Impuesto a la carne*, es viable visibilizar dentro de la obra una de las herramientas que hace posible su aparición:

“El momento histórico de las disciplina es el momento en que nace un arte del cuerpo humano, que no tiende únicamente al aumento de sus habilidades, ni tampoco a hacer más pesada su sujeción, sino a la formación de un vínculo que, en el mismo mecanismo, lo hace tanto más obediente cuanto más útil, y al revés.” (Foucault 126)

Las instituciones disciplinarias aparecen también en la obra *Vigilar y castigar* de Foucault, donde se define el concepto foucaultiano de disciplina:

“La "disciplina" no puede identificarse ni con una institución ni con un aparato. Es un tipo de poder, una modalidad para ejercerlo, implicando todo un conjunto de instrumentos, de técnicas, de procedimientos, de niveles de aplicación, de metas; es una "física" o una "anatomía" del poder, una tecnología. Puede ser asumida ya sea por instituciones que la utilizan como instrumento esencial para un fin determinado” (Foucault 199).

Las instituciones disciplinarias se caracterizan por la búsqueda del orden mediante la vigilancia, teniendo de por medio diferentes tipos de pretextos, ya sea educar, reinsertar, curar o rehabilitar, aunque su finalidad última es homogeneizar a los individuos y sus conductas, rasgos o condiciones particulares que no encajan con la norma y son considerados poco funcionales. El cuerpo se encuentra ligado a las estrategias de poder que estos espacios implican, pues “las relaciones de poder operan sobre él una presa inmediata; lo cercan, lo marcan, lo doman, lo someten a suplicio, lo fuerzan a unos trabajos, lo obligan a unas ceremonias, exigen de él unos signos” (Foucault 23). Al acercarnos a la novela mediante este concepto, se aprecia cómo el Hospital resulta ser un ejemplo claro de un espacio disciplinario, en cuanto ha moldeado e intentado homogenizar a las pacientes, despojándolas de características que no son deseables y manipulándolas para su ajuste al sistema

hospitalario. Se busca, mediante la extracción de órganos y la sustracción de sangre (y su eventual comercialización), convertir el cuerpo en fuerza útil, es decir, en sujetos productivos para el hospital, siendo las mujeres reducidas a engranajes tranquilamente intercambiables dentro de una maquinaria funcional mucho más amplia. Este tipo de utilización exhaustiva no está basada en el encierro de nuestras protagonistas, pues ellas se encuentran en el hospital de forma más o menos voluntaria, sino en la determinación de **los tiempos** de cada una y de cómo estos serán invertidos según determine el cuerpo médico. Los elementos de esta microfísica del poder suelen pasar desapercibidos, pero en la novela se recurre a la alegorización mediante el hospital, para evidenciar cómo esto forma parte del manejo y utilización del tiempo de los individuos en la sociedad.

Hospital

Ahora bien, es evidente que la obra presenta una institución que, en definitiva, representa otras tantas instituciones, cada una de diferente naturaleza, pero que poseen un común denominador: ejercer el poder mediante las prácticas que sean necesarias. *Abrir las opciones de lectura, para esta obra en específico, más que antojadizo es necesario, pues resultaría reduccionista intentar abordar el relato mediante solo un eje de lectura posible.* En este sentido, el hospital, lugar que conforma el espacio físico —que abarca casi en su totalidad la acción de la novela— puede comprenderse como una alusión directa a los hospitales y su mal función, siendo, por consiguiente, una crítica a las instituciones médicas. No obstante, y como mencioné en el capítulo anterior, surge también la posibilidad de interpretación de este lugar como la alegoría de la formación y conformación de la república de Chile, donde las protagonistas han sido rechazadas y marginalizadas desde la existencia de ésta. Asimismo, el hospital puede transformarse, incluso, en la representación de la historia oficialista que, al igual que la patria y en paralelo con sus consecuencias, ha ejecutado su transcurso sin considerar las vidas de estas enfermas: “La historia nos infligió una puñalada por la espalda” (Eltit 9).

Consideremos, entonces, al hospital como la institución emblemática de la modernidad que es, siendo parte del “progreso social” que servía para forjar sujetos que actúen de acuerdo con el orden preestablecido, lo que permitiría alcanzar el progreso social mediante la acomodación del sujeto. La crisis que presentó el proceso de la modernidad puso en cuestión,

evidentemente, sus instituciones más emblemáticas. Es así como el control pasa a internalizarse y surgen los *auto-vigilantes*. Un nuevo concepto sirve como ligadura entre las consideraciones en torno al hospital como espacio disciplinario: el *panóptico* foucaultiano. Este funciona como una figura arquitectónica que garantiza el ejercicio del poder y el orden, donde “la multitud, masa compacta, lugar de intercambios múltiples, individualidades que se funden, efecto colectivo, se anula en beneficio de una colección de individualidades separadas” (Foucault, 185). Su principal efecto es el de inducir al individuo a un estado consciente y permanente de visibilidad, que garantiza el funcionamiento automático del poder, llevando el efecto de vigilancia a un estado de permanencia de sus efectos, aunque sea discontinua en su acción. En este sentido, el Hospital de *Impuesto a la carne* tiene el efecto de panóptico foucaultiano, pues este lugar físico se transforma en aquel dispositivo de control sobre la madre-hija y el resto de los pacientes. Sucede acá un fenómeno interesante dentro de la novela de Eltit, pues el panóptico funciona como elemento abstracto de perpetuación del poder dentro del hospital. En este sentido, las figuras de los “fans”, las enfermeras, la familia e incluso la misma madre podrían considerarse atrapadas y sometidas al poder que es ejercido sobre ellas:

“El que está sometido a un campo de visibilidad, y que lo sabe, reproduce por su cuenta las coacciones del poder; las hace jugar espontáneamente sobre sí mismo; inscribe en sí mismo la relación de poder en la cual juega simultáneamente los dos papeles; se convierte en el principio de su propio sometimiento” (Foucault 187)⁶.

Así, estas figuras que nos parecen un tanto victimarias dentro de la novela y su configuración de mundo, pasan a ser solo agentes sometidos a un campo de visibilidad mucho más amplio que cada una de sus individualidades. El poder que ejerce el hospital mediante los médicos es un poder mucho más intrincado y complejo, el cual hace que los diferentes agentes involucrados en la novela actúen de la forma en que lo hacen solo movidos por la acción ominosa del poder.

En estos términos, se podría entender también una interpretación que apuntaría a la crítica de Eltit mediante la alegorización del Hospital hacia los agentes represores que encarna el Estado de Chile, donde los gobiernos se han alineado históricamente con los intereses de

⁶ En *Vigilar y castigar*.

privados empresariales, dando paso a fenómenos de las zonas de sacrificio, que han sido responsables del saqueo, el ecocidio⁷ y la destrucción de territorios a lo largo del país. Aparece reforzada esta idea a través de ciertas marcas textuales dentro de la novela:

“No se vivir sin experimentar el castigo de la patria o de la nación o del país. Este país que no devuelve el mar, que no devuelve el mar, que se traga, se traga las olas del mar, se traga el mar. Se traga todo y por eso en cada uno de estos años y en la percepción que me provocan las horas comprendo cómo funciona el castigo de la nación o de la patria” (Eltit 80).

Las mujeres, en este caso, encarnarían este territorio, las cuales se ven sobreexplotadas y en condiciones críticas, siendo los médicos la representación clara de agentes que influyen en la destrucción de Chile y su medioambiente.

Asimismo, y continuando con una apertura de lectura y su probable semanticidad, no puede quedar fuera del análisis una de las cuestiones más vitales y evidentes: la dominación masculina que existe dentro del panóptico del hospital. El recinto hospitalario funciona solamente bajo lógicas de dominación que integran la política masculina patriarcal, con la modelación de las vidas y los cuerpos nacidos dentro de las posibilidades que permite el Hospital. El predominio masculino incide en las formas de actuar sobre las corporalidades —principalmente femeninas— al interior del recinto hospitalario, siendo los médicos, las enfermeras y pacientes quienes contribuyen al orden predeterminado, debido a que la división existente entre ambos sexos se encuentra enraizada en el esquema de dominación del Hospital. El cuerpo médico se traduce en una figura que asume la percepción masculina ejerciendo su poder sobre los cuerpos del paciente, que es representado mediante las figuras femeninas de la obra, donde estas se subyugan a las decisiones de los médicos. La jerarquización masculina dentro del hospital alegoriza esta diferencia inicua entre lo masculino y lo femenino, demostrando a lo largo de la obra cómo las figuras de las mujeres son condenadas a una eterna pérdida, siendo sometidas durante toda la novela a los deseos de los médicos. Así se configura un cuerpo femenino explotado y subyugado en una clave historicista.

⁷ Según la RAE, este término corresponde a la destrucción del medio ambiente, en especial de forma intencionada.

Cuerpos

Foucault sostiene, en su ensayo *Vigilar y Castigar*, que la pena física deja de ser un espectáculo, y la penalidad se traslada a un castigo sobrio, donde se abandona el suplicio como principal eje de la pena, y se centra en la pérdida de un bien. El alma aparece como centro objetivo de la penalidad, mientras que el cuerpo se convierte en una herramienta útil sólo cuando es productivo y sometido. La tecnología política del cuerpo funciona como manifestación de biopoder, el cual no es localizable en instituciones ni aparatos estatales específicos, pues son estos quienes funcionan mediante la implementación del poder. El cuerpo es un concepto superlativo en las nociones de Foucault, pues comprende la encarnación de un micropoder, el cual se relaciona con otros micropoderes, los que se vinculan entre ellos y cobran visibilización en diversos campos, ya sea culturales, económicos, sociales o políticos: “El cuerpo humano entra en un mecanismo de poder que lo explora, lo desarticula y lo recompone. Una "anatomía política", que es igualmente una "mecánica del poder", está naciendo” (Foucault 126).⁸

Al abordar la novela mediante la interpretación de estos conceptos, resulta cuando menos, llamativo que la configuración del mundo que construyó Eltit se erija tan cercana a los conceptos anteriormente mencionados. Ahora bien, la problemática del **cuerpo** se incrementa dentro de la obra, pues se presenta a éste como simple insumo que se encuentra a servil disposición del Hospital y sus médicos. La novela posee muchísimas referencias a esta servidumbre del cuerpo, no obstante, esta cita parece recoger varios niveles de dominación:

“Mi madre ulula dentro de mí porque ahora sí que le duele. Le duele tanto su vida como su muerte y no sé qué hacer con ella, cómo sanarla o desde dónde matarla. Tampoco comprendo cómo aliviar el rencor que le produce, a cada una de las mujeres operadas en esta sala común, la patria, el país o el territorio. Cien. O al menos doscientos años. Trescientos. Los próximos cuatrocientos. Mi madre ya se acomodó en mí. Encontró su espacio definitivo en mi interior hasta convertirse en uno de mis órganos vitales. Ahora comparte su liderazgo con el corazón y los pulmones. Mi madre es mi órgano más extraviado y el más elocuente. En la patria de mi cuerpo o en la nación de mi cuerpo o en el territorio de mi cuerpo, mi madre por fin

⁸ En *Vigilar y castigar*.

estableció su comuna. Se instaló una comuna en mí rodeada de órganos que se levantan para protestar por el estado de su historia.” (Eltit 185)

La narrativa de la autora se articula en la novela de forma radical, pues expone los cuerpos disidentes de la hija y su madre mediante la atadura indisoluble entre lo orgánico y lo simbólico, exponiendo de esta forma las diferentes escalas de dominación.

Los cuerpos dóciles:

A partir del siglo XVIII, los esquemas de docilidad desarrollaron una escala de control al nivel de la mecánica: movimientos, gestos, actitudes, rapidez. Su modalidad fue una coerción constante; fueron métodos que permitían el control minucioso sobre las operaciones del cuerpo llamadas disciplinas. Éstas no se fundan sobre una relación de apropiación de los cuerpos, pues en realidad su fin es hacer al cuerpo obediente y útil. En este sentido, el mecanismo de poder explora al cuerpo, lo desarticula y lo recompone, estableciendo una anatomía política, la cual, a su vez, desarrolla una microfísica de poder que pone la atención en los detalles. El ser humano se ve formado a través del registro anatomo-metafísico⁹ (que en la novela se aterriza mediante la figura de los médicos) y el técnico-político¹⁰ (reglamentos que están dirigidos a controlar o corregir las operaciones del cuerpo). Es aquí donde la noción de docilidad nos resulta útil para ejemplificar cómo dentro de la novela aparece un cuerpo dócil, aquel que es sometido, usado, transformado y perfeccionado. Se traduce entonces en un objeto sobre el cual se establece el control:

Eso lo entienden los médicos. Comprenden que nos hemos convertido en órganos obedientes a las medicinas, por eso tenemos que aceptar sus ironías, el reconocible menoscabo y, hasta cierto punto, las abiertas burlas. Pero todos los medicamentos los asimilamos perfectamente bien y cada pastilla, como la que el médico dio vueltas entre los dedos de manera cínica y amenazante, va a funcionar porque somos cuerpos

⁹ Término utilizado para hacer referencia a un tipo de dinámica específica de funcionamiento y explicación, que tiene como objeto de estudio al cuerpo analizable

¹⁰ Este término se utiliza para referirse a los procedimientos que se utilizan para utilizar y someter al cuerpo, es decir, al cuerpo manipulable. Ambos términos comparten bajo el alero de la concepción de docilidad.

hechos para la medicina, especies únicas, dice uno de nuestros médicos mientras examina a mi madre y la mira y la toca y la da vueltas. (Eltit 51-52)

Sus cuerpos dóciles, sometidos y utilizados son un objeto de interés, se les atribuye un determinado valor, pasando de ser un cuerpo propio a un aparato útil de un tercero, que es el sistema del personal médico. La domesticidad de los cuerpos de las pacientes se preestablece por los médicos, ocurriendo en estas mujeres una reducción materialista del alma, a través de la noción de docilidad (el cuerpo analizado con el cuerpo manipulable). La degradación de los ideales de la madre funciona como medio de ejemplificación de esta separación alma-cuerpo, pues su hija relata cómo su madre fluctúa entre momentos de cordura y senilidad, cuando esta mujer parece encontrarse en una disyuntiva constante entre la subyugación al cuerpo médico con sus principios dominantes, y los momentos donde conecta nuevamente con su postura anarquista. En este sentido, podemos ver la posición anarquista de las mujeres materializada en lo corporal. Además, la marginalización de sus respectivos cuerpos proviene desde lo oficial, quedando relegadas por las características de sus cuerpos, los cuales escapan a la normatividad establecida como normal.

El anarquismo lo ha heredado la hija desde su madre, mediante la unión biológica que implica compartir lazos sanguíneos, dado que es la sangre el elemento primordial en el cual residen sus ideales anarquistas. Ambas mujeres, unidas en un cuerpo disidente, se encuentran en la vereda de los marginales, en oposición con la heterogeneidad oficial que conformaría la figura de los “fans”. Para la figura protagónica madre-hija, el concepto de anarquismo resulta de una elección, pues se posicionan de forma consciente en contra del cuerpo médico, de sus “fans” y de las enfermeras. No obstante, también se comprende cómo los operarios del poder las hacen supeditarse a estas prácticas violentas ejercidas sobre sus cuerpos, solo con la intención de dejar un testimonio fragmentario de su experiencia dentro del Hospital-Nación; en otras palabras, disponen solamente de su cuerpo, su sangre, y sus órganos para cumplir su cometido, a pesar de que sean estos elementos los principales botines de los cuales el cuerpo médico y la gesta hospitalaria disponen.

Por otro lado, se debe hacer alusión al cuerpo de la figura protagónica, ese cuerpo fragmentado, enfermo, bicentenario que parece ser, en ocasiones, uno solo con el de la hija. Ambas mujeres, madre e hija, habitan este cuerpo dentro del Hospital. Las nociones respecto

a su corporalidad entregadas por la narradora son ambiguas, por lo que no se puede distinguir entre la una y la otra, creando una sensación, con respecto a su cuerpo, que permanece abierta, siendo el cuerpo de la hija y de la madre una especie de anfibología corporal. Ésta permite la concepción de un cuerpo casi siamés. La hija manifiesta en variadas ocasiones que su madre habita de una u otra forma dentro de ella, en sus órganos y literalmente formando parte de su realidad orgánica, aunque a través del desarrollo de la novela, se percibe una dependencia que no es corporal del todo. Incluso existe una animadversión entre ambas mujeres, lo que hace inferir una relación más bien *parasitaria* en lugar de *simbiótica*. Este cuerpo, que se codifica como enfermo, es una metáfora sobre la explotación y la exclusión; funciona como un mundo reconfigurado de la existencia de subalternos que han sido históricamente maltratados y explotados, a través del tratamiento de las enfermedades (reales o supuestas). En este sentido, los médicos en su posición de alegoría de gobernantes imprudentes y corruptos, solo existen dentro del mundo de la novela mediante la reproducción del poder, el cual reside, a su vez, en la mantención de la enfermedad dentro de los cuerpos. El rechazo a sus cuerpos enfermos, y sus constantes experimentos en ellos ocurren como una careta que pretende curar y modificar “lo malo” de las mujeres, para así rehabilitarlas y finalmente sanarlas, cuando la realidad subyace un poco más oculta: los médicos buscan perfeccionar sus métodos de extracción para continuar con el aprovechamiento de los cuerpos, con el fin de crear una relación de necesidad perpetua entre el cuerpo “enfermo” y los médicos que lo intervienen.

La violencia

Muy de la mano con lo que se ha venido tratando en el análisis, los relatos que describen experiencias donde el individuo ha sufrido por exposición algún tipo de violencia, suelen ir de la mano con la poca credibilidad que estos mismos poseen. En este sentido, Slavoj Žižek nos afirma que “la prosa realista fracasa donde tiene éxito la evocación poética” (13). Relacionado a lo anterior, y en el nivel de análisis narrativo, cobra sentido la elección de Eltit por la utilización excesiva de repeticiones e hipérbolos: “Tenemos que realizar un análisis sólido, tan minucioso que resulte completamente irrefutable para denunciar las ofensas y las injurias que han acompañado y acompañan nuestras largas existencias” (Eltit 82). Pareciera ser que la violencia es, al igual que la locura, algo imposible de recrear literariamente. No obstante, la autora formula de tal forma la narración, que funciona y resulta en credibilidad (en cuanto esta se encuentra ligada a la subjetividad de la experiencia) para su relato mediante el énfasis repetitivo de las humillaciones, las vejaciones y la eterna negligencia.

Ahora bien, si pensamos en las nociones sobre violencia que ofrece Žižek, que fueron anteriormente introducidas en el marco teórico, nos encontramos con los conceptos de violencia subjetiva, que es aquella que resulta evidente, más brusca, y la violencia objetiva, la que es menos visible y está compuesta por la violencia simbólica (relacionada al lenguaje y las relaciones de dominación social) y la violencia sistémica (relacionada al funcionamiento de sistemas político-económicos). Es interesante pensar en torno a estas nociones y de cómo se pueden aplicar en la novela y a través de ella.

Dentro de la novela, se encuentran presente todas y cada una de las formas de violencia que se mencionaron anteriormente. La forma en la cual operan los agentes médicos, torturando físicamente a las pacientes, resulta como una clara forma de violencia subjetiva, dado que el agente que provoca estas torturas es fácilmente identificable, además de proceder en contra de las mujeres de forma física. No obstante, se puede apreciar la intrincada forma que toma la violencia objetiva mediante los comportamientos sistémicos que poseen los médicos dentro del hospital, quienes se rigen por una idiosincrasia preestablecida que determina qué es lo deseable en contra de lo indeseable. En este caso, las mujeres son físicamente disidentes

al orden que se pretende establecer, y es por esto que sus características físicas causan malestar en el hospital y sus actores:

“Diagnosticadas por los médicos (y sus “fans”) como extremas, bajas, demasiado morenas. Ese es un aspecto de nosotras que les molesta (a los “fans” y a los médicos) de manera maníaca, los altera al punto que turba sus miradas y después de examinarnos se lavan y se lavan y se lavan las manos que tienen de manera agresiva. Con un ritmo majadero. Nos dicen: Negras curiches” (Eltit 33).

Esta forma de violencia se encuentra relegada a un nivel más bien subterráneo, donde solo resultan visibles las agresiones cuando estas se transforman en acciones. A su vez, las acciones encuentran asidero en las conformaciones de la violencia objetiva. A los médicos les molesta la tez morena de las protagonistas porque, debajo del entramado simbólico, se puede entrever que los médicos son representaciones de una nación racista, que sistemáticamente ha intentado eliminar a sus pueblos originarios (y que lo sigue haciendo en la actualidad). Al lograr visibilizar esta clase de violencia, surge la pregunta que ya hizo Žižek:

¿No hay algo sospechoso, sin duda sintomático, en este enfoque único centrado en la violencia subjetiva (la violencia de los agentes sociales, de los individuos malvados, de los aparatos disciplinados de represión o de las multitudes fanáticas)? ¿No es un intento a la desesperada de distraer nuestra atención del auténtico problema, tapando otras formas de violencia y, por tanto, participando activamente en ellas? (21)

Entendamos cómo las protagonistas de la novela se mueven en un nivel de realidad donde se transforman en sujetos que están insertos en un sistema (hospital) que determina cómo se rigen sus vidas, y de qué forma se moverán dentro del mismo. En este sentido, las mujeres de la novela se transforman en individuos capitalizables y reales, en tanto su cuerpo, sangre y órganos se encuentran disponibles dentro de una lógica mercantil: “la «realidad» es la realidad social de las personas concretas implicadas en la interacción y en los procesos productivos, mientras que lo «real» es la lógica espectral, inexorable y «abstracta» del capital que determina lo que ocurre en la realidad social” (Žižek 20); El hospital, en tanto, se entiende como la alegorización de este sistema abstracto que forja y mantiene esta suerte de status quo en el cual se basa el desarrollo de la vida de la hija y su madre. Las formas de violencia

subjetiva se presentan durante varios pasajes de la obra, manifestándose mediante la crueldad más abyecta, derechamente torturando a las mujeres de forma física:

“Fue él quien hundió vilmente mi tabique nasal y él quien me dejó una huella imborrable en la cara que nos obligó a mi madre y a mí a buscar la ayuda de otro médico, un cirujano hostil pero serio, al menos serio, que adoró pero también desdeñó mi cara. Mientras me examinaba, de una manera completamente agresiva murmuró: Monstruosa” (Eltit 21-22).

Estas formas de abuso físico y emocional sirven como una capa que oculta la violencia objetiva del sistema imperante en el hospital. Los cuerpos de las mujeres, sin embargo, han podido resistir gracias a sus características disidentes, pues los cuerpos anárquicos y críticos de la madre y su hija no logran ser descifrados, por lo tanto, no han podido ser disciplinados (a pesar de los insistentes intentos del cuerpo médico) debido a que no se limitan a las concepciones predeterminadas de las normas hospitalarias.

Resistencia.

“Donde hay poder, hay resistencia”

Podemos apreciar dentro de *Impuesto a la carne* variadas formas de resistencia. Separaré la resistencia en forma y fondo. Primero, se hará alusión a las formas de resistencia que ocurren dentro del mundo de la narración, y posteriormente, sobre la resistencia que presenta el texto *per se*.

La resistencia opera como un fin más que un medio, pues, en el transcurso de la novela, se puede ver la merma que existe en ambas mujeres, en sus aspiraciones e incluso en sus niveles de cordura, los cuales se ven disminuidos debido a la exposición constante en un ambiente extremadamente hostil y severo:

Pero nosotras nunca nos hemos rendido, jamás fuimos tocadas por la turbulencia humana que se empuja a sí misma al vacío. Nos emocionan nuestros órganos y no me avergüenza confesar, sí, confesar, que nos apasionan. Cómo decirlo, estamos enamoradas o prendadas de nuestros órganos, orgullosas de su compañía desinteresada aunque inestable. (Eltit 65)

El cuerpo es, a la vez, resistente y subversivo. La resistencia que poseen madre e hija como para vivir doscientos años se sostiene en gran parte por su actitud anárquica o “anarcobarroca”. La relación entre su longevidad y la fijación que tiene el cuerpo médico con ellas podría residir, precisamente, en esta característica anárquica que poseen tanto madre como hija; el Hospital-país necesita identificar esta enfermedad anarquista, debe de estudiarla para así poder disolverla y destruirla, dejando a la nación-hospital libre y curada de esta enfermedad anárquica.

Dentro de la composición de la novela, el cuerpo de las protagonistas es concebido por ellas como una herramienta, un ímpetu orgánico que pretende funcionar como testimonio; es en la figura protagónica de la obra de Eltit, la madre/hija, donde se extienden todas las voces acalladas, condensándolas dentro del ideal que persiguen como colectividad, es decir, la idea de esperar que en algún punto de la historia se consiga la obtención de nuevas formas de exponer la realidad, en oposición a la actual situación en la que se encuentran ellas: en un

hospital que resignificado como la historia, les inflinge una puñalada eterna en la espalda. Estas mujeres vitalizan el pasado histórico que solo les ha dado injusticias y las ha subyugado a vivir limítrofemente, y lo hacen a través de la resistencia subversiva con un discurso disidente del que la nación ha mantenido como oficial. Sus cuerpos, solo por su existencia característica, se oponen al orden institucional y mediante estos cuerpos rechazados, modificados, examinados dejan testimonio de lo que les sucede en el Hospital, siendo a la vez el manifiesto de lo que se desea que ocurra. Cargan en sus cuerpos todos los males y vejaciones que se le han practicado la población satelital e indeseable en doscientos años de historia, dejando con su testimonio corporal un registro colectivo de los sujetos que sistemáticamente han sido omitidos de forma intencional en la historia oficial. Aun así, el pesimismo de la autora se refleja en el desenlace de las mujeres protagonistas; ante las nuevas tecnologías y formas de economía imperantes en la era actual, Eltit cede su resistencia, pues parece comprender que la era global implica un control literal y no solo alegórico sobre las vidas de las personas.

No obstante, es la relación madre-hija y su propia conformación como una comunidad lo que funciona como resistencia:

 Mi programa (humano) es apelar a un escrito sin pretensiones, escalofriantemente sencillo, a un simple diario local o a una memoria que no se termine de comprender del todo y que, sin embargo, nos permita hacer un milímetro de historia. Una gesta encabezada por nosotras, unas mujeres solas en el mundo. Dos ancianas que ya hemos cumplido ¿cuánto?, no sé, ¿doscientos años? y que luchamos para que el terrible y hostil transcurso del tiempo nos garantice que en los próximos doscientos años que se avecinan va a empezar a circular nuestro legado. (Eltit 31)

Su existencia dentro del Hospital ya conforma una enorme confrontación con las formas de poder imperantes, y solo entre la relación que tienen la una con la otra logran ese punto de fuga al poder, mediante su forma de vida y a pesar de su subyugación, pues no se encuentran moralmente alineadas con los médicos ni las enfermeras ni los “fans”. Muy por el contrario, desean poder mostrarse como prueba viviente para visibilizarse a sí mismas (y a la comunidad relegada que simbolizan) como forma de existencia opositora. El testimonio que dan las mujeres en la novela responde al interés de evidenciar que la historia no puede

olvidarse, sobre todo las historias invisibilizadas sistemáticamente, siendo la fiel reproducción del relato que otorgan las testigos un meta testimonio. Un testimonio que permite la apertura a una forma alternativa de la historia, que evita lo monocorde al ser un testimonio fragmentario que no encaja con la forma en la que la nación organizó su historia. Resulta ser un programa, por sobre todo, humano, que acude al testimonio para intenta realizar un milímetro de historia; a pesar de la sucesión de violencia a la que son sometidas madre e hija, ellas dejan el testimonio de sus peripecias para el futuro.

La resistencia cobra forma tanto al nivel de la carne de ellas como en la narración misma: son estos ejes, el cuerpo atravesado como testimonio, y el testimonio que brinda la novela, la resistencia esencial a la institución hospitalaria, a la historia oficialista y a la tradición del testimonio. En este sentido, debemos de considerar a *Impuesto a la carne* como un ejemplar de difícil categorización:

La excentricidad (de la escritura de Eltit) no es tan solo una característica de los sujetos que toman consistencia en su producción, sino también de las mismas modalidades de construcción del relato, que no se pueden reconducir a las mallas de un género o una estructura determinada. La exuberancia y fragmentación de su escritura pone en tela de juicio toda posibilidad misma de ‘catalogación’ de las categorías de lo literario, quebrando fronteras y difuminando modelos y formas (Scarabelli 974).

A falta de una mejor categoría, un género al cual podría adscribirse la obra es el de la novela, a pesar de la poca homogeneidad de sus componentes (desarrollo de cronotopos, la forma en la representación de la narrativa, los personajes y la particular sucesión de acontecimientos). En este sentido, la novela testimonial es la herramienta perfecta para Eltit, pues puede referirse a varios lugares históricos reales mediante la ficción que permite la literatura. Es evidente la intención testimonial que posee la novela, desplegándose en un sentido mucho más ambiguo del habitual, ya que el testimonio presentado por las mujeres en la obra no refiere a un pasado histórico concreto, sino más bien una ficcionalización intrincada que responde a los intereses socioculturales que posee la autora.

La resistencia que pretende emitir la autora se hace presente en la creación de nuevas formas para dar testimonio, “elaboradas a partir de un proceso de asimilación íntima del acto

testimonial matricial, de implicación directa con la palabra del testigo, de ‘traducción’ heterogénea, híbrida, hasta colectiva de su esencia” (Scarabelli 975). Esta nueva forma escritural permite explorar los límites de lo posible, tanto en la ficción como en la realidad, conformándose entonces una obra que se resiste, por un lado, a una clasificación mas firme e inamovible y, por el otro, a una lectura de las mismas características. Se posiciona al testigo en primera persona como agente productor desde la experiencia, logrando la veracidad de un relato que solo aparece como real en la medida que el testigo así lo recuerda, en contraposición con la veracidad que se espera de un relato que sea preciso históricamente. Lo más valioso dentro de la novela parece ser esta perfecta conjunción entre la subjetividad de las mujeres y su posible ubicación dentro de un contexto sociohistórico determinado, permitiendo así la aparición de esta nueva forma testimonial que ha creado Eltit.

Conclusión: reflexiones en torno a las problemáticas planteadas.

Al haber hecho un recorrido conceptual interdisciplinario, primero, me parece que hay una necesidad urgente que plasma la novela, que se traduce en la posibilidad de hacer visible las formas de violencia objetiva o sistemática, pues esta resulta tan compleja como inadvertida, además de poseer un carácter definitorio en los entramados socioculturales. Creo que la señalización de estos fenómenos podría tener efectos permanentes en la percepción que se posee sobre estos fenómenos, e incluso, en la percepción de nuestro mundo y su funcionamiento. ¿Qué tan conscientes estamos de las redes de poder en las cuales nos encontramos insertos? ¿Cómo tener siquiera una percepción de lo que sucede a nuestro alrededor cuando se trata de procesos tan subdérmicos que desconocemos incluso su concepción?

En este sentido, la novela nos plantea interrogantes que se pueden responder desde distintos ángulos, y posiciona estas aristas sostenidas en los intereses de Eltit, proporcionándole al lector una rica variedad de posibilidades de lectura, de manera inteligente, aguda, peculiar pero siempre muy despierta a sus alrededores sociales. Las denuncias que se presentan en la novela son: Primero, a las estructuras de poder mediante su visibilización, además de las críticas secundarias al sistema patriarcal y sus repercusiones socioculturales. Segundo, a la República de Chile y sus formas de poder excluyente y su crítica al sistema e instituciones médicas y de cómo éstas operan bajo la lógica del libre mercado en lugar de centrarse en la cura de los pacientes; la figura de los “fans” funciona en cuanto crea espacios de indeterminación, los cuales deben ser completados según cada directriz que se decida seguir en las posibles significaciones que posee la novela. Es decir, si se decide que la obra alegoriza un solo momento histórico, podemos posicionar a los “fans” como representaciones de ese momento específico, no obstante, siempre son continuaciones de lo que se preestablece como orden.

Todas las denuncias se encuentran configuradas bajo un relato fraccionado que intenta poner en el centro a cada sujeto marginal que fue, es y seguirá siendo víctima de todas las formas de poder y violencia mencionadas anteriormente, intentando traer a la discusión esta marginalidad mediante su narrativa. La constante tensión que existe entre lo alegórico y lo

fantástico resulta enriquecedor para una lectura medular, pues es posible unir ambas dimensiones dentro de la novela mediante la comprensión de cada una por separado. En este sentido, las alegorías se comprenden como tal por las alusiones constantes a Chile y su república, mientras que los elementos fantásticos dentro de la novela se encuentran en función de provocar una visión más visceral y cruda de lo que estos procesos han provocado como fenómenos socioculturales. En este sentido, la alegoría necesita de la fantasía para extremar el relato en los límites de lo que este permite, de forma tal que desorbite la narración para provocar una reacción en su eventual lectura.

Me parece que el proyecto literario de Diamela Eltit es consecuente en su existir y coexistir con la realidad de su contexto sociohistórico, pues la escritora ha demostrado desde los inicios de sus obras una crítica tenaz e inteligente a varias de las consecuencias que ha traído la implementación del sistema neoliberal en Chile y Latinoamérica. La reflexión en torno a la problemática que conlleva la aceptación de los sistemas impuestos, lo que es aún peor, encontrar comodidad dentro de este sistema. Es evidente que no podemos escapar a los diferentes tipos de poder que pueden ejercerse sobre nosotros, pues el sistema neoliberal ha permeado y configurado todos y cada uno de los aspectos de nuestra vida; sin embargo, me parece que lo mínimo que puede hacer la academia y sus espacios intelectuales es interpelar la forma en la cual la microfísica de los poderes acciona y modela nuestras vidas, aunque sea únicamente un ejercicio teórico, pues desde el conocimiento podríamos, quizá, accionar formas más eficaces de resistencia —una resistencia perpetua— al sistema neoliberal y sus ubicuas consecuencias.

Bibliografía

1. De autor:

Eltit, Diamela. *Impuesto a la carne*. Santiago de Chile: Seix Barral. 2010.

2. Crítica:

Niebylski, Dianna. "Blood Tax: Violence and the Vampirized Body in *Impuesto a la carne*". *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, Vol. 15. 2011

Scarabelli, Laura. "*Impuesto a la carne* de Diamela Eltit. El cuerpo-testigo y el contagio de lo común". *Kamchatka*. N° 6.2015.

3. General y teórica:

Bajtín, Mijaíl. "Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela." *Teoría y Estética de la novela: 1947-2001*.

Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad*. Vol. 3. Siglo xxi, 2001.

Foucault, Michel. *Nacimiento de la biopolítica: curso del Collège de France (1978-1979)*. Vol. 283. Edición Akal, 2009.

Foucault, Michel. "*Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión por Michel Foucault*." (1976).